

Octubre 27/1957
"El País"

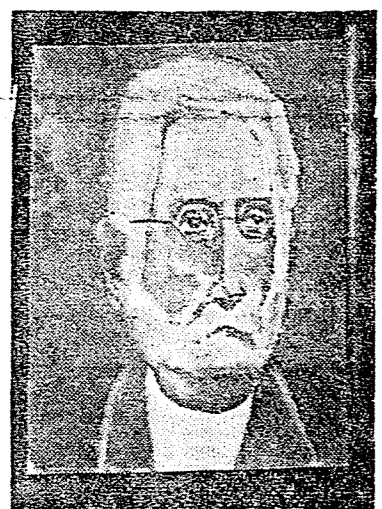
Torres García Contra la Vorágine Materialista de la Epoca

Entre las bellas imágenes del roismo y sabiduría. Enseñó a pintores y a contempladores. Pero para enseñar a pintar y a contemplar tuvo que impartir una lección removedora que lo coloca en el nivel de un gran Maestro, de un gran orientador. Con Rodó y Vaz Ferreira comparte este destino. Otros ha habido; otros conoció; pero de acción más íntima, más encerrada en el ámbito del diálogo o de la Cátedra.

Torres García, por su pasión didáctica, por el tipo de disciplina en que trabajaba, por su estilo afirmativo y vivísimo, por sus condiciones personales en que el Espíritu ardia, por sus experiencias y antecedentes; por los medios objetivos y concretos propios de su enseñanza, por su poder de comunicación y el ejemplo imponente de su vida heroica, ejerció tal magisterio con una repercusión intensísima.

Podríamos decir que la enseñanza fundamental de Torres García clave de todas las otras que impartió, es la que se dirigía a mostrar los valores clásicos, los caracteres eternos del clasicismo. Supo hacerlo maravillosamente. Disipó con energía arraigados errores originados en la formación romántica y también en el falso clasicismo del siglo XVIII. Estableció así la gran distancia entre clásico y académico, que Rodó no llegó a mostrar y que todavía muchos desconocen. La influencia de Torres García en la Cultura Uruguaya tiene allí su más importante ejercicio. Pudo con ejemplos muy vividos, muy objetivos, muy patentes, como los que se relacionaban con su oficio, demostrar prácticamente la verdad de sus afirmaciones sobre el clasicismo.

Con una larga paciencia admirable reveló los rasgos esenciales de lo clásico, advirtiendo sobre las copias frías, sobre todo lo que puede ser contrafigura de aquella condición que el gran poeta Juan Ramón Jiménez señala: "Lo clásico es lo vivo".



Retrato de Unamuno

A la luz de esos criterios básicos pudo Torres-García estudiar el proceso del Arte y hacer la crítica serena y sabiamente fundada del Renacimiento. Pudo llamarnos la atención sobre los males que de allí han llegado hasta nuestra época; así, el naturalismo, que ha arrancado al mundo de su gran tradición humanista.

Esta enseñanza, que adquiría en el acento de Torres una eficacia original, nos hizo más capaces de comprender algunos esenciales capítulos de la actual Filosofía de la Historia, entre ellos la crítica del Humanismo antropocéntrico hecha por un Berdiaeff o un Maritain.

Torres nos colocaba súbitamente en la fuerte actitud que no cede ante la vorágine materialista de la época —en sus múltiples aspectos y categorías— actitud que trata de hacer lúcida la crítica de tales rasgos, buscándole los orígenes profundos y denunciándolos en las dolorosas circunstancias del hombre actual, aunque a veces paradójicamente esas dolorosas circunstancias se revistan de oro y púrpura.

Tal movimiento, que interesa a la conciencia del hombre contemporáneo y que llega de diversos modos a los distintos planos del Pensamiento y de la Acción, había tenido para nosotros singulares signos —poco difundidos— en la obra de la generación española del 98.

Quizá por esta línea, y por la línea francesa —sobre todo en Renan— llega Rodó a una marcada ac-

titud de atención hacia lo clásico. Este fué su fundamental mensaje, quizá poco estudiado. Los lectores y críticos de Ariel se han detenido en otros valores y temas de la obra, descuidando algunos esenciales: por ejemplo, el problema fundamental de la revaloración de lo clásico, y otro, circunstancial pero todavía muy viviente y cruento, el de la influencia de la invasora civilización mecánica y los riesgos de deslatinización de América del Sur. Así también ha sido poco atendido el consejo que en su ensayo sobre Darío nos da sobre la necesidad de una reacción que supere al positivismo filosófico "en concepciones más altas".

Torres-García insistió sobre estos temas: los recreó, los vivió en el ámbito de su oficio; en su obra de pintor; en la exposición de su doctrina; en el secreto de sus huesos. Aquel poder de comunicación, de diálogo, de lucha, de polémica, vinculado con su carácter personal con su conciencia de una misión a cumplir, con el fervor casi religioso de su vocación, hizo que su presencia tuviese un magnético poder, y que suscitase una conmoción que hizo, de su experiencia emocionante espectáculo.

Enseñaba algo nuevo. No era sólo que diese a los asombrados ojos aquellas composiciones en que la riqueza tonal y los grandes valores pictóricos se escondían en un ascético rigor a veces visibles sólo para contempladores experimentados y sutiles. Aquellas telas abstractas ligadas a una tradición de Arte insigne, venían a cumplir entre nosotros una misión; la misión esencial que el arte abstracto ha tenido en nuestra época. Torres-García, que organizó en París, con Seuphor, en 1930 la primera exposición internacional de Arte Abstracto, sabía muy bien la trascendencia de esta empresa. Vela en ella un modo de revelar los valores plásticos, de enseñar, por vía de ascesis, a reconocer esos valores; de purificar al contemplador libertándolo de la valoración por razones extra-artísticas y sobre todo, por la anécdota. Sabía también la trascendencia cultural, moral y espiritual de esta lección. Y por eso insistió con un ardoroso fuego, de entidad proporcionada al objeto que quería alcanzar.

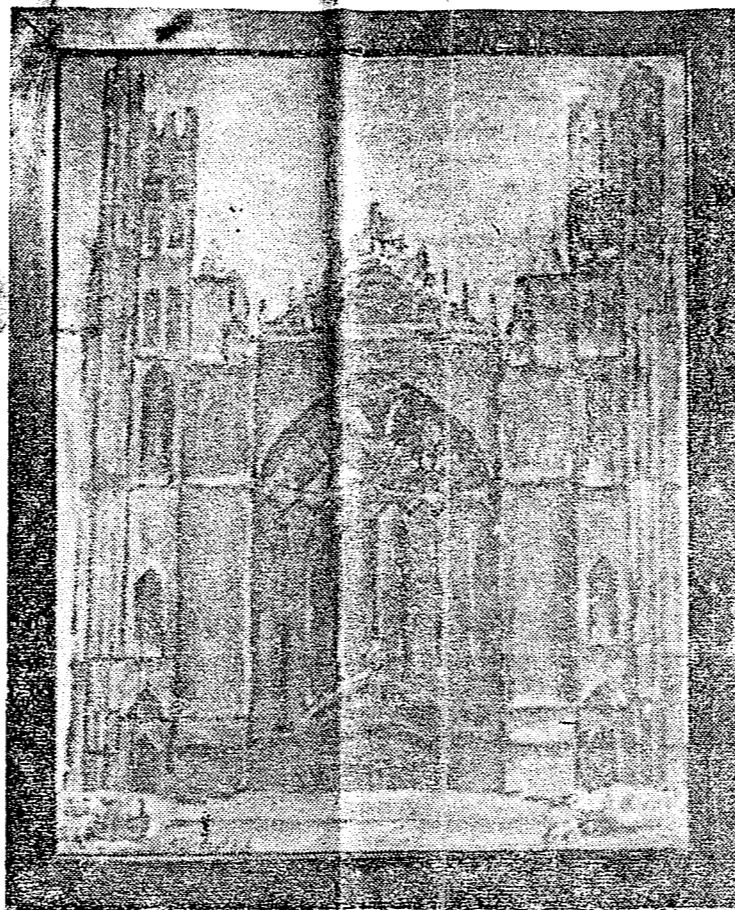
Y entre los errores, algunos singulares y muy lamentables, uno nuevo y quizá algo inesperado, el de creer que toda obra no figurativa es buena; otro vulgar: el de creer que es absoluta fácil crear este tipo de Arte.

Esta última afirmación, que podría hacernos sonreír si no se tratara de tema tan grave y de grados tan graves de incomprensión, es una prueba dolorosa de la lentitud increíble con que a veces se realiza el paso progresivo de nuestra Cultura. El argumento infantil, todavía formulado por personas de responsabilidad, debió ser superado hace muchos años!

Frente a la obra de Arte, importantes y arduos problemas debieran plantearse y entre ellos, este fundamental: juzgar por valores, juzgar con independencia de nuestras anécdotas personales colocándonos en aquel ámbito de la noche oscura, dominando todo subjetivismo turbador, tal como se ha dicho de modo admirable en el diálogo sobre Estética que Francisco Espinola llamó El ser del Circo.

Entonces, juzgando según valores, ejercitándose en la función de ver que no se improvisa como no se improvisa la capacidad para escuchar a Bach ni a Stravinsky —llegamos a abordar otros problemas suscitados a raíz de la lección de Torres García.

No basta, para que una obra viva que su composición sea voluntariamente realizada con elementos no



Fachada de la Catedral de Santa Guadalupe

representativos; porque el autor voluntariamente busque seguir esta escuela como un modo, una convención, imitando desde fuera en plagios más o menos intencionados cuya falta de autenticidad es evidente. Creo que esta es entre nosotros como la contrafigura de la buena, directa influencia de Torres - García sobre la pintura uruguaya.

Pero es que Torres tampoco se quedó en esa etapa; su pintura y su enseñanza se diferenciaron notablemente del arte llamado abstracto hecho por otros pintores —algunos eminentes y admirables, grandes pre-

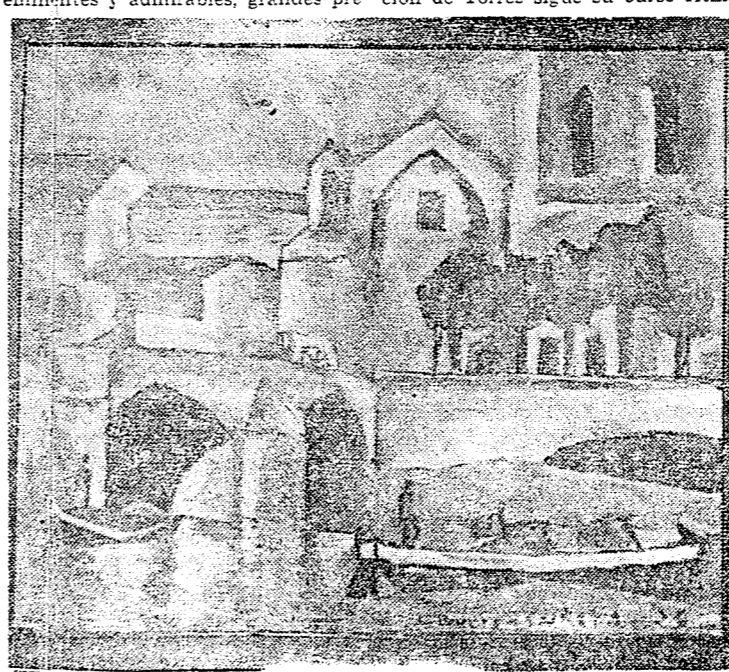
cursoros grandes artistas — un Paul Klee, un Mondrian, un Kandinsky. Torres dió un paso más: su vocación de clásico lo llevó a concebir el arte no figurativo relacionado íntimamente con un orden riguroso, y así creó su teoría constructivista, su mamente personal, diferenciada con su nacimiento y desarrollo pudimos presenciar en sus experiencias fundamentales a través de los años.

Encontramos por eso que el Prólogo de Jean Cassou en el libro que ha sido editado en París tienen un hueco lamentable: el crítico no establece esta diferencia capital entre el Arte y la Teoría de Torres y las creaciones que se definen en nuestro tiempo según la expresión de "Arte Abstracto". La importancia de tal diferencia se mide por la concepción constructivista de Torres buscando una Regla Universal de Arte que lo hace trabajar sólo con elementos plásticos concibiendo lo moderno como un realismo absoluto "Un objetivismo total decía— y por esto de acuerdo con lo puro, con la razón universal. La idea de construcción o estructura regulada por la medida armónica, ha de privar sobre toda otra, por ser el Arte mismo".

Siempre buscando, y siempre revelando en su obra pictórica o en su exposición doctrinal permanen-

te el proceso de su pensamiento, el ir y venir de sus pasos en una investigación más y más abundada, sus lecciones son siempre un documento humano, un documento cultural de sólido valor; y la prosa directa, noble, sustentada en todo el período por la vida interior incesante y tensa como un poderoso pulso sanguíneo, nos aparece en aquel estilo propio en el que se dice lo que Unamuno llamó autodiálogo.

Vemos allí pensar a un hombre; asistimos a su más íntima vida; a su lucha y a sus esperanzas; a su heroico esfuerzo por ser, por comunicar las verdades descubiertas en tan apasionante proceso. En tantas lecciones, en tantas páginas escritas en horas de salud, en horas de enfermedad, en horas de agonía, la lección de Torres sigue su curso ritmi-



Puente con Barco

Hermosa Página de Esther de Cáceres Sobre el Maestro

que tantos seres podemos encontrar camino, consejo ya silencioso pero vivo; por esta presencia entera de algo que fué fundado, creado, plantado como un árbol y que como un árbol creciente, vivo, es afirmativo y maravilloso testimonio.

No está ya aquel hombre de fe, de mirada dulce y ardiente, de generosa entrega ágil en cada aurora de su vida; pero hay unos tonos inmarcitos; unos cielos increíbles; unas formas que armoniosamente cantan — y en todo esto vive Torres-García.

En todo esto, y aquel aire sosegado en que ya sabe la luz misma de la frase agustiniana que fué su clave y que fué puente vivo entre su obra y nuestro espíritu atento:

"En orden número y medida fueron creadas las cosas"...

Entre las imágenes del gran Poeta salmista Daird, aparece junto a la del amigo dolorido y sólo, llorando por la muerte de Jonatan otra imagen; y es de David cantando: "Es un canto de esperanza, Es quizá aquel hermoso verso al Mésico triunfal; "Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos"...

David nos simboliza, nos representa por siempre. Y con el canto

que tantos seres podemos encontrar camino, consejo ya silencioso pero vivo; por esta presencia entera de algo que fué fundado, creado, plantado como un árbol y que como un árbol creciente, vivo, es afirmativo y maravilloso testimonio.

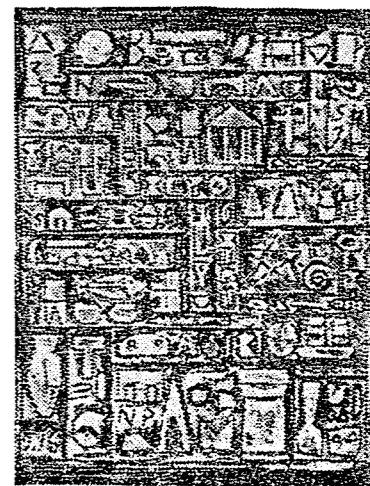
No está ya aquel hombre de fe, de mirada dulce y ardiente, de generosa entrega ágil en cada aurora de su vida; pero hay unos tonos inmarcitos; unos cielos increíbles; unas formas que armoniosamente cantan — y en todo esto vive Torres-García.

En todo esto, y aquel aire sosegado en que ya sabe la luz misma de la frase agustiniana que fué su clave y que fué puente vivo entre su obra y nuestro espíritu atento:

"En orden número y medida fueron creadas las cosas"...

Entre las imágenes del gran Poeta salmista Daird, aparece junto a la del amigo dolorido y sólo, llorando por la muerte de Jonatan otra imagen; y es de David cantando: "Es un canto de esperanza, Es quizá aquel hermoso verso al Mésico triunfal; "Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos"...

David nos simboliza, nos representa por siempre. Y con el canto



Constructivo en Blanco y Negro

yo adioses y reencuentros, pena de la separación y alegría gloriosa... Aquí otra vez, como en un "Trance desde Cipreses", puedo erigir súbitamente el alma y los ojos y escucharme la propia voz... porque la experiencia de la muerte es una, una siempre, ligada a este misterio por el que solo el hombre sabe que ha de morir...

"Y el arpa de David ya canta tu glorioso regreso tu victoriosa imagen en el Divino espejo".

Porque ya no es la turbada sangre; la dolorosa nostalgia, el vértigo que da este vacío misterioso y oscuro que deja un ser que se nos muere, todo eso, transfigurado en Fe borra la figura del Poeta transido, del amigo transido, o del poeta recobrado en esperanza.

Ya es sólo una diáfana paz como la de la Música, como la de la Arquitectura, como la de grandes composiciones que el mismo Torres - García nos dió; paz en la que "el aire se serenó" y en la que Vida y Muerte se ordenan a la más alta luz como eternas columnas impenitentes que no floran ni mueren.

Esther de Cáceres.

que tantos seres podemos encontrar camino, consejo ya silencioso pero vivo; por esta presencia entera de algo que fué fundado, creado, plantado como un árbol y que como un árbol creciente, vivo, es afirmativo y maravilloso testimonio.

No está ya aquel hombre de fe, de mirada dulce y ardiente, de generosa entrega ágil en cada aurora de su vida; pero hay unos tonos inmarcitos; unos cielos increíbles; unas formas que armoniosamente cantan — y en todo esto vive Torres-García.

En todo esto, y aquel aire sosegado en que ya sabe la luz misma de la frase agustiniana que fué su clave y que fué puente vivo entre su obra y nuestro espíritu atento:

"En orden número y medida fueron creadas las cosas"...

Entre las imágenes del gran Poeta salmista Daird, aparece junto a la del amigo dolorido y sólo, llorando por la muerte de Jonatan otra imagen; y es de David cantando: "Es un canto de esperanza, Es quizá aquel hermoso verso al Mésico triunfal; "Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos"...

David nos simboliza, nos representa por siempre. Y con el canto

que tantos seres podemos encontrar camino, consejo ya silencioso pero vivo; por esta presencia entera de algo que fué fundado, creado, plantado como un árbol y que como un árbol creciente, vivo, es afirmativo y maravilloso testimonio.

No está ya aquel hombre de fe, de mirada dulce y ardiente, de generosa entrega ágil en cada aurora de su vida; pero hay unos tonos inmarcitos; unos cielos increíbles; unas formas que armoniosamente cantan — y en todo esto vive Torres-García.

En todo esto, y aquel aire sosegado en que ya sabe la luz misma de la frase agustiniana que fué su clave y que fué puente vivo entre su obra y nuestro espíritu atento:

"En orden número y medida fueron creadas las cosas"...

Entre las imágenes del gran Poeta salmista Daird, aparece junto a la del amigo dolorido y sólo, llorando por la muerte de Jonatan otra imagen; y es de David cantando: "Es un canto de esperanza, Es quizá aquel hermoso verso al Mésico triunfal; "Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos"...

David nos simboliza, nos representa por siempre. Y con el canto

Esther de Cáceres.